VIII.

TESTIMONIOS PARTICULARES DE POLIBIO Y TITO LIVIO.

Siéntese cierta predisposicion en considerar el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet como una oracion en favor del Cristianismo, y al leerlo se toman precauciones contra dos caractéres de su autor; el de sacerdote católico y el de escritor de gran talento. El de sacerdote le hace mostrarse parte interesada y hallarse prevenido favorablemente. El mismo no oculta que trata las revoluciones de los imperios teniendo en cuenta las Profecías que les habian predicho con respecto á Jesucristo, y cuando refiere á aquellas revoluciones estas profecías, parece como que las amolda á las ellas. Por otra parte, su talento, tan superior en esta obra, parece perder en persuasion lo que gana en ascendiente. Parece que su mano precipita á placer estos imperios unos sobre otros con espantoso estrépito, yendo á perderse en ruinas en solo el imperio romano Medos, Persas, Egipcios, Griegos, Alejandro y sus sucesores; y cuando al llegar á la batalla de Accio, despues de habernos representado á César dominando los últimos baluartes del mundo vencido y vuelto á la unidad, cerrando el templo de Jano, y viviendo todo el universo en profun-

da paz bajo su poder, termina con esta esclamacion: ¡Y JESUCRISTO VIENE AL MUNDO! parece obtener un triunfo demasiado grande para convencer.

Pero ¿qué diremos, si antes de la venida de JESUCRISTO, en medio de una sociedad enteramente pagana, bajo una preocupacion completamente estraña, ya que no contraria á la devolucion del poder romano á JESUCRISTO y á su Iglesia; en el centro mismo de aquellas revoluciones de los imperios que iban á pasar á este fin, encontramos consignado por la pluma de los dos historiadores mas graves y mas frios de aquella época solemne de la humanidad, el presentimiento mas justificativo de esta mira de Bossuet, formando con él como la consonancia de dos veces que se corresponden de los dos lados del acontecimiento que los separa.

Pues bien, precisamente en esto estriba lo curioso del espectáculo que nos ofrecen los testimonios de Polibio y de Tito Livio, unidos á algunos otros del mismo tiempo con los que forman cuerpo.

Polibio, cuyo saber ha eclipsado su gloria, es una de las figuras mas nobles de la Antigüedad. Tuvo parte en todos los acontecimientos del segundo siglo antes de Jesucristo; en Grecia, en Asia, en Roma, en Africa, y podria llamársele como á la narracion que él ha escrito de ellos, *universal*. Despues de haber sido discípulo de Filopemenes, cuya urna cineraria tuvo el honor de llevar en los funerales de este grande hombre, que fueron los de la Grecia, llegó á ser en Roma, á donde fue enviado en rehenes, maestro y amigo de Escipion á quien le auxilió con sus consejos á apoderarse de Cartago. En una palabra, fue el moderador, el sabio y el político de aquel siglo tan decisivo en los sucesos del mundo, siglo que atravesó casi por completo (de 200 á 120). Hácia el año 150, compuso una historia de estos sucesos, la cual, salvo su gran talento, es como el *Discurso* de Bossuet. Diole el título de *Khacoliken*,

universal, y este título nuevo entonces no carece de especial significacion.

En esta historia, la idea dominante y que reasume su leccion es la siguiente:

«Los acontecimientos, dice, conducen al mundo á cierta »*unidad*... Antes de ellos, los sucesos que ocurrian en el »universo no tenian trabazon alguna (esta trabazon la han de»mostrado, Daniel antes de nosotros y Bossuet despues). Pero »posteriormente, hánse reunido todos estos hechos como *en* »*un solo cuerpo*. Los acontecimiento é intereses de Italia y de »Africa han formado *un solo todo* con los del Asia y de la Gre»cia: todos se han referido á *un solo fin*... La fortuna en nuestros »dias ha *inclinado*, por decirlo asi á un solo lado el Universo »*obligando* á todas las cosas, á *dirigirse* ó *propender* hácia un «MISMO OBJETO (1)».

¿Cuales eran esta *unidad*, este *fin* este *objeto*? Si se le preguntara hoy dia, á un niño, contestaria sin vacilar. JESUCRISTO y su Iglesia; y nadie entre los mas osados, se espondria á contradecirle.

Pero Polibio lo ignoraba enteramente; y tan solo consigna, en el primer momento en que ya se perfila, el *hecho* de una *inclinacion*, de las cosas y de una preparacion extraordinaria de los acontecimientos á un gran fin; la ignorancia misma de este fin dá á su testimonio un valor mucho mas elevado, viniendo á apoyar singularmente el argumento de esta preparacion del universo al Cristianismo invocado despues.

Polibio atribuye esta preparacion, á lo que el llama *la Fortuna*. Pero esta palabra, revela en su pensamiento un sentido mas elevado. Polibio estaba exento de todas las creencias superticiosas de su época. Tal vez no comprendia el sentido de la *divino* en su prodigalidad pagana. Pero de su *Historia* resulta, como lo ha manifestado su traductor Thuillier que el

(1) Prólogo y lib. I, 4.

creia, bajo el nombre de Fortuna, en una Providencia que dispone y dirige todos los acontecimientos é intereses de este mundo á sus fines. Además, esto resulta de los parajes que acabamos de citar: *conducir al mundo* á cierta unidad; *referir todos los sucesos é intereses del mundo* á un solo fin; *inclinar el universo* á un solo lado; *obligar* á todas las cosas á dirigirse hácia un mismo objeto, alejan la idea de causalidad é implican la de designio, de consejo, de premeditacion, y en una palabra, de Providencia.

Como quiera que sea, en este giro providencial de los acontecimientos, que Polibio ha tenido el privilegio de ver y de indicar el primero, aparecia mas y mas Dios á la vista de todos, y no tardaron en proclamarlo todos los labios.

—¿Qué hombre hay tan falto de criterio, decia Ciceron, que por poco que levante los ojos al cielo, no comprenda que existen dioses, y no reconozca al mismo tiempo que solo á su *especial proteccion* ha debido su orígen nuestro inmenso Imperio, su aumento progresivo y su establecimiento? (1).

El curso feliz de sus asuntos, y la voga de sus progresos hasta un punto tan elevado de poder y de acrecimiento, demuestran bien claramente á los que saben discurrir con lógica, dice Plutarco, que no ha sido dirigido por mano, por consejo, ni afecto de los hombres, sino por una *guardia y escolta divina* (2).»

—«Someteos á Roma, decia tambien Agrippa á los Judíos rebelados,—*Dios está á su favor*. Sin el *auxilio de Dios* ¿hubiera vencido Roma al mundo y hubiesen podido soportar su yugo tantas naciones belicosas? Sin el *auxilio de Dios*, ¿gobernaría el universo sin necesidad de mostrar la armadura de sus soldados? (3).»

(1) *Orat. de Arusp. Respons.* IX.
(2) *Sobre la fortuna de los Romanos*, núm. 33.
(3) Josefo *de Bello Judaico*, II, 16.

Tal era el convencimiento universal, no solo de los Romanos, sino de las naciones vencidas por ellos, y á las cuales conducia Dios bajo su yugo. El mundo entero esperimentaba esta impresion. Los pueblos se sentian arrojados de todas partes por una mano invisible hácia la dominacion romana, como rebaños dispersados hácia un redil, mas de cien años antes de que, preparadas así todas las cosas, llegará Jesucristo á decir á los Judios: «Tengo tambien otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y solo habrá un rebaño y un pastor (1).»

Pero hé aquí lo que es mas trascendental.

Esta gran unidad, este solo fin, este mismo objeto hácia donde se inclinaban y propendian todos los sucesos é intereses del mundo, segun el sentir de Polibio, por una influencia que apareció en breve á los ojos de todos, no podia ser sino divina, era natural que el poder romano, que parecia ser quien se beneficiaba de ella, los refiriese á sí solo y los limitara á su dominacion.

Pues bien, no fué así; el poder romano comprendia que no giraban las cosas de aquella suerte para él, sino para una potestad infinitamente mas alta, moral, espiritual, divina como la accion, y donde su mismo poder seria absorbido despues de haberlo él absorbido todo en sí: potestad de la cual él no seria el término sino el punto de partida, y á la que deberia ceder el sitio.

Este admirable presentimiento, en oposicion tan manifiesta con todas las preocupaciones romanas y paganas, como posteriormente se demostró por su lucha mortal contra el Cristianismo, nos lo atestigua en aquella época, no ya un poeta, sino un historiador, y el historiador romano por escelencia, Tito Livio.

(1) San Juan X, 16.

Hé aquí como lo testifica la conclusion de sus Decadas.

Quis dubitet quin, in æternum urbe condita, et in inmensum crescente, NOVA *Imperia, Sacerdotia, Jura gentium, hominunque instituantur* (1). ¿Quién puede dudar que la ciudad fundada eternamente y creciendo en inmensidad, esté destinada á ser la sede de una *nueva Potestad*, de un NUEVO *Sacerdocio*, de un NUEVO *Derecho de gentes y de la humanidad*?

¿Necesito hacer resaltar en un historiador tan grave y tan moderado como Tito Livio, la trascendencia de todas las espresiones de esta conclusion de los destinos de Roma?

Sí, *in æternum urbe condita*, esta ciudad que llamamos todavía dos mil años despues la CIUDAD ETERNA, y tambien la CIUDAD UNIVERSAL, *et in inmensum crescente* ¿á qué estaba destinada? ¿A conservar para sus Césares, para los Pontífices de su Júpiter, para su Derecho, sin dignidad y sin compasion, que hacia pesar sobre el niño, sobre la mujer, sobre el esclavo, sobre los pueblos, sobre la humanidad, su yugo de hierro, á conservar, repito de esta suerte aquel imperio por el que habia trabajado tanto?—No.—¿Pues á qué?—A ser la sede de otro Poder diferente, de otro Sacerdocio divino, de otro derecho de gentes distinto, afectando de muy diverso modo la raza humana entera, *gentium hominumque*. Todo esto es nuevo. *Nova*.

Recedant vetera,
Nova sunt omnia!

como canta aun diariamente el Universo redimido á los pies de Jesucristo (2).

¿Y este presentimiento tan prodigioso lo esperimentaba solamente Tito Livio?

Este autor indica esta opinion con una palabra que extien-

(1) Tit. Liv. lib. IX.
(2) Himno de Santo Tomás de Aquino.

de aquel presentimiento á todo su siglo: *¿Quis dubitet?* ¿Quién puede dudar (1)?»

¡Ah! ¡Poder terrible *el de la duda!* Despues de tantos siglos de realizacion evidente, en el seno de este catolicismo que á todos nos ha engendrado en este nuevo órden de cosas en que nos vemos sumergidos, todavía hay quienes dudan de lo que Tito Livio y sus contemporáneos no dudaban antes. Tan sobrenatural y oscuro, á la par que histórico y patente, es todo en la religion de Jesucristo, y asimismo sus pruebas y la ceguedad de los que no se ven persuadidos por ellas.

Este *¿quis dubitet?* de Tito Livio arroja directamente viva claridad á su alrededor sobre todos los demás testimonios que hemos referido, y particularmente sobre el de Virgilio, que ya no se nos presenta tan singular, tan estraño y tan problemático. Es la opinion de los tiempos cantada, es la simple prosa de Tito Livio puesta en verso, aquel «grande y nuevo órden de los siglos que iba á comenzar á desarrollarse.»

Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo,

«y aquella nueva descendencia que iba á ser enviada de lo alto de los cielos:»

Jam nova progenies cœlo dimittitur alto,

«aquel rescate y liberacion del terror antiguo por un Dios libertador, estendiéndose á todas las comarcas del Universo:»

Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri
Irrita perpetua solvent formidine terras,

(1) Y mas adelante Tácito, lanzando un grito de alegría al ver degollarse entre sí sesenta mil germanos, espresa tan solo este deseo: «¡Ojalá dure, por largo tiempo en el corazon de nuestros enemigos, este odio contra sí mismos, á falta de afecto hácia nosotros! Esto es lo mas que puede hacer la Fortuna en favor de un Imperio á quien *apremian sus destinos*. URGENTIBUS IMPERII FATIS.
(Costumbres de los Germanos, XXXIII.)

y todos los demas rasgos de su poema. Deben entenderse á la letra todas estas espresiones que traspasan todos los límites de tiempo y de lugar, para llegar á esta renovacion universal de todas las cosas que no atestigua con menos fuerza el grave historiador, y que constituia incontestablemente entonces la preocupacion y presentimiento universal, contrarios (no creo hacerlo notar demasiado) á las preocupaciones romanas y paganas.

Fuerza es hacer que aparezca nuevamente Ciceron para comparar tambien su testimonio con el de Tito Livio, acerca de este *Nuevo derecho de gentes y de la humanidad.*

Hay una página de la República de Ciceron que nos ha conservado Lactancio, precisamente por el gran valor que este la daba como testimonio del presentimiento sobre la venida de Jesucristo, y del reino universal de su Ley.

El orador filósofo, en su tratado *de las Leyes*, habíase elevado á una concepcion de la Ley, que, bajo una forma filósófica viene á preludiar el *In principio erat Verbum et erat apud Deum. Lux vera quæ illuminat omnem hominum in hunc mundum*, de San Juan.

«Existe una razon, dice, *emanada del Principio* de las cosas, que induce al bien y que aparta del mal: la cual no comienza á ser ley solamente desde el dia en que es escrita, sino desde el dia en que ha nacido: así, pues, *es contemporánea de la Inteligencia divina.* Tal es la recta Razon de Dios (1). Esta recta Razon de Dios, una vez afirmada y desarrollada en la inteligencia del hombre, es LA LEY..... Existe, pues, dado que la razon está en Dios y en el hombre, una *primera sociedad* de razon del hombre con Dios. De manera que se nos puede llamar la familia, la raza, la descendencia celestial. Y de aquí resulta que para el hombre, reconocer á Dios,

(1) *De legibus*, lib. II.

es reconocerse y recordar de dónde ha provenido (1).»

No se puede pedir mas á la inteligencia humana en el estado de crepúsculo en que se hallaba sumida, antes que la luz misma que entreveia viniera á fijar su reinado entre *los suyos* (2). ¡Y pluguiera á Dios que, por haberse *negado á recibirla*, no hayan recaido los que tal hicieron en tinieblas cien veces mas densas que las que penetraba este perspicaz pagano!

Pero lo que parece esceder los límites de la inteligencia humana y haria suponer en Ciceron un presentimiento intuitivo de esta Luz, cuya impresion en torno suyo hemos consignado ya, es la prevision de este *Reinado* de la Ley eterna, debiendo venir próximamente á sujetar á la humanidad de todos los paises y de todos los tiempos, con un carácter enteramente divino; como si no fuera ya esta Ley abstracta, sino Dios mismo en ella quien, por una *segunda sociedad* mas personal con los hombres, debiera venir á revelarse.

Ciceron, en efecto, en esta página de su *República*, á donde llegamos, reproduce esta definicion de la Ley, con una amplitud y una fuerza, que quebranta el formalismo romano para estenderse á toda la raza humana.

«Hay una ley, verdadera y absoluta, dice, universal invariable, eterna, cuya voz enseña el bien que manda practicar y aparta del mal que prohibe. No se la puede revocar por otra ley, ni cercenar en nada; ni el pueblo ni el Senado pueden dispensarse de obedecer á ella; y es ella misma su intérprete.....»

Despues, con un entusiasmo creciente, pasando de la especulacion á la realidad, de lo presente y de lo pasado al porvenir, esclama:

«No SERÁ otra en Roma, otra en Atenas, otra hoy, otra

(1) *De legibus*, lib. I.
(2) San Juan, cap. I.

mañana: por do quiera, en todo tiempo, REINARÁ esta Ley inmutable y santa, y con ella *Dios*, el Señor y el Rey del mundo. Dios que la hizo, discutió y sancionó: desconocerla es abjurar de sí mismo, es hollar con los piés su naturaleza, es imponerse á sí propio el castigo mas cruel, aun cuando fuera posible librarse de los demás suplicios que se cree están reservados en otra parte (1).»

Palabras admirables, dice Lactancio, que parecen ser, no ya de un filósofo, sino de un profeta; de un profeta en efecto de esta *Ley evangélica y verdaderamente católica*, que iba á reinar para siempre en el universo, y *con ella Dios, el Señor y Rey del mundo*.

Hé aquí este Rey *que es verdaderamente Rey, y á quien era preciso que conociéramos para salvarnos*, de que hablaba el mismo Ciceron en su tratado de la *Adivinacion*.

Y ahora, comprobaré yo estas palabras con las de nuestros profetas: *In die illa longe fiet Lex* (2);—*Legem Ejus expectabunt insulæ* (3);—*De Sion éxibit Lex, et Verbum Dominí de Jerusalem* (4) etc., etc.?

No, volveré á limitarme á los testimonios esclusivamente profanos, y mas particularmente, á estas palabras de Tito Livio: ¿Quién puede dudar que Roma fundada para ser eterna y agrandándose inmensamente se halla destinada á ser la *Sede* de una nueva *Potestad*, de un nuevo *Sacerdocio*, de un nuevo *Derecho de gentes de la humanidad*?»

Recordaré esta reflexion de Gibbon, á quien se puede colocar entre los Paganos:

«Los que contemplen con curiosa mirada las revoluciones del género humano, pueden observar que los jardines y el circo de Neron sobre el Vaticano, que fueron regados con la

(1) *La República, XVIII.*
(2) Miqueas, VIII, 12—(3) Isaías, XLII, 5—(4) Isaías, III, 3.

sangre de los primeros cristianos, han llegado á ser mucho mas famosos por el triunfo de la Religion perseguida. En el mismo terreno, han elevado los Pontífices cristianos posteriormente, un templo que supera en mucho á los antiguos monumentos de la gloria del Capitolio. Ellos son los que, manifestando las pretensiones de un humilde pescador de Galilea á la monarquía universal, sucedieron en el trono de los Césares, y quienes, despues de haber dictado leyes á los bárbaros conquistadores de Roma, estendieron su jurisdiccion espiritual desde la costa de la mar Glacial hasta las riberas del Oceano Pacífico (1).»

Finalmente repetiré aquellas palabras de Dante, esplicando á Virgilio los presentimientos de la grandeza romana que este habia cantado: «Roma y su Imperio fundáronse, verdaderamente, teniendo á la mira el santo lugar donde hoy reside el sucesor del gran Pedro:»

La quale el quale, a voler dir la vero,
Fur stabiliti per lo loco santo
V' siede il successor del maggior Piero (2).

Resumamos con una reflexion general la extension y alcance de esta parte de nuestro trabajo:

¿Hemos querido decir que todos estos testimonios tan claros y patentes, se referian á Jesucristo y al Cristianismo?

De ninguna manera.

Es manifiesto que los que los produjeron estaban ignorantes é inconscientes de su objeto.

Pero ¿es esto decir que por ello no tengan significacion alguna?

Todo lo contrario, la tienen tanto mayor.

Porque en efecto, atestiguan una impresion unánime, im-

(1) *Historia de la decadencia y de la caida del Imperio Romano*, t. III, p. 174—(2) El *Infierno*, canto II, v. 22.

presion que es imposible desconocer, y que tanto en sus *causas* como en su *objeto*, siendo, por esta ignorancia misma, diré mas, por todas las preocupaciones contrarias que tenia que vencer, natural y humanamente inesplicable, solo puede ser sobrenatural y divina.

En sus *causas*; porque en efecto, esta opinion tan acentuada de una monarquía universal, que debia partir de la Judea para fijarse eternamente en la sede de Roma; y renovar todas las cosas en el seno del antiguo mundo que proclama como próxima su dimision el mismo, en lo mas fuerte de su celosa dominacion y de su feroz orgullo ¿á qué atribuirla? ¿de dónde puede provenir?

Esto no puede ser dudoso porque él mismo nos lo dice; debe atribuirse á una mira providencial que inclinaba sensiblemente el universo á este fin: á antiguos oráculos sagrados del oriente, que tenian al mundo entero en espectacion; á tradiciones esparcidas que volvian á encontrar, por medio de la reunion de los pueblos, la unidad primitiva de una promesa hecha al género humano y que habia llegado á su término.

Pero todo esto implica lo sobrenatural, y no puede prescindirse de ello.

Respecto de su *objeto* ¿quién no se vé vencido por la evidencia histórica de que ese presentimiento sobrenatural no implicaba menos el solo acontecimiento que ha respondido tan puntual y prodigiosamente á él: Jesucristo: Jesucristo solo y su obra: Jesucristo, durante veinte siglos, en pié y viviendo siempre en esta obra, desafiando todas las conspiraciones del mal, todas las eventualidades del porvenir, y siendo en la humanidad lo que Dios mismo es en la naturaleza: el Señor y el Rey del mundo?

Pues bien, Jesucristo no ha podido ser asi el objeto tan preciso y tan admirable de los presentimientos del mundo antiguo sin ser causa y objeto de estos presentimientos; sin pro-

ducirlos, sin haber obrado, en su consecuencia, por medio de ellos en el mundo, y sin haber atestigüado él mismo, hasta lo sumo, su vida anterior por medio de esta accion prodigiosa.

Así pues, está ya comprobado por los testimonios históricos mas irrecusables que JESUCRISTO se hallaba en el mundo mas de cien años por lo menos antes de aparecer en él, como se halla actualmente dos mil años despues de haber aparecido.

Agreguemos á esto que se deduce una gran verdad de los grandes testimonios históricos que hemos visto producirse hasta aquí á nuestra vista; y es, en primer lugar, que esta Potestad, cuya próxima aparicion agitaba al mundo, no se concebia como debiendo limitarse al órden simplemente individual de las almas, en su relacion con Dios, sino que debia afectar con su superioridad divina todo el órden público y social; debia constituir una *Monarquía universal*;—y en segundo lugar, que la sede de esta Potestad, aunque partiendo de la Judea, debia ser Roma, Roma por siempre, de donde influiria sobre la *Universalidad de las cosas*, por medio de *un nuevo Imperio*, de un nuevo *Sacerdocio* y de un *nuevo Derecho de gentes y de la humanidad*. Todos los testimonios profanos, ecos de los oráculos sagrados, convienen en glorificar así, con la misma gloria á JESUCRISTO y á su Iglesia, manifestacion de Dios, *Señor y Rey del mundo*, bajo el cual debia inclinarse el universo, *y á quien era preciso reconocer para salvarse*.—Un Cristo reducido á la condicion privada; su Iglesia súbdita de sus hijos; Dios circunscrito y ligado por las leyes del hombre; quimera de nuestra época, que no puede sostenerse ni ante la historia ni ante el sentido comun, y que reducen á la nada los presentimientos aun paganos de la futura grandeza del Cristianismo.—Todo cuanto va á seguir, aclarará mas y mas esta verdad capital.

IX.

TESTIMONIOS PROFANOS, UNIVERSALES Y PERPÉTUOS.

Hemos salvado la dificultad. El primer eslabon moderno de la cadena histórica de nuestra fé hállase trabado con el último eslabon de los tiempos antiguos. Los dos hemisferios de la humanidad se unen, como por un istmo en JESUCRISTO. Virgilio y Dante, Polibio y Bossuet le dan la mano.

Podria pararme aquí, puesto que se halla asentado indestructiblemente lo sobrenatural, el milagro, el doble milagro histórico de Jesucristo, tanto antes como despues de su aparicion en el mundo. Jesucristo es vencedor de su cuna lo mismo que de su sepulcro. Ciérnese sobre el uno y sobre la otra con una vida superior que le libra de la ley de la muerte, y, lo que es mayor prodigio, de la ley de la generacion y de la vida. Ya podemos esclamar con Isaías: ¡Quién podrá esplicar su generacion! (1).»

Emitan su parecer acerca de esto nuestros sábios que tanto se ocupan de la generacion de los séres. ¡El asunto merece verdaderamente este trabajo! Trátase de un sér que vivia indudablemente antes de nacer á nuestra vida, si es que se

(1) Isaías, LIII, 8.